LA MAGIA DEL
LIBRO VIEJO
MIRTA GONZÁLEZ SUÁREZ
EDITORIAL
UCR

LA MAGIA DEL LIBRO VIEJO

MIRTA GONZÁLEZ SUÁREZ

EDITORIAL UCR
2018

863.5
G643m González Suárez, Mirta, 1948-
La magia del Libro Viejo / Mirta González Suárez. –1.ª ed.– Costa Rica: Edit. UCR, 2018.
viii, 192 p.

ISBN 978-9968-46-709-4

1. NOVELA COSTARRICENSE. I. Título.

CIP/3260
CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2018.

Editorial UCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Mercedes Villalobos C.* • Revisión de pruebas: *Pamela Bolaños A.*
Diseño y diagramación: *Everlyn Sanabria R.* • Control de calidad: *Everlyn Sanabria R. y Grettel Calderón A.* • Diseño de portada: *Raquel Fernández C.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: setiembre, 2018.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

Contenido

I.	Damas y caballeros	1
II.	El libro mágico es rescatado de la celda	15
III.	Tratados ancestrales de libre comercio	23
IV.	El escape de la mazmorra requiere de un teléfono móvil	35
V.	Histeria de la historia	43
VI.	Plazas vacantes: se necesitan hombres buenos, temerosos de Dios, doctos, sabios y expertos	55
VII.	La hija del conquistador	67
VIII.	La historia oficial	73
IX.	El delicado arte de elaborar mentiras piadosas	83
X.	Calladita más bonita	99
XI.	Lo privado es político	113
XII.	La caja de Pandora	121
XIII.	Los duendes virtuales	125

XIV. Los engaños de Galileo 135

XV. La caída del caballero 145

XVI. El Libro Viejo 157

XVII. El libro nuevo 175

Anexo 189

Acerca de la autora 191

I

Damas y caballeros

Los hombres volaban.

Las mujeres permanecían con los pies sobre la tierra.

Ubicadas de menor a mayor edad, de menor a mayor estatura, de menor a mayor poder: Elizabeth Martín Salgado, Amanda Martín Suárez y María de los Ángeles Salgado Antón aparentaban ser un grupo armónico de gustos y objetivos similares. Las mentes, sin embargo, divagaban por rutas distintas.

La pequeña Eli –encantadora muñeca mofletuda, rizos de peluquería y vestido rosado–, ferviente admiradora de Peter Pan, pensaba que algún acto mágico le permitiría convertirse en Campanita y viajar a El país de Nunca Jamás, preferentemente sin indios ni piratas. Incluso en los relatos más inocentes, los miedos ocultos se encuentran a la vuelta de la esquina.

Amanda, joven estudiante universitaria –cara de luna, piel canela, ojos rasgados, cabello negro sujeto en una cola de caballo, zapatos de tacón bajo y ropa de marca a la última moda– revisaba la manera de obtener permiso para visitar al tío Arturo, quien poseía la habilidad de captar su atención y, con acertijos, mostrarle nuevos senderos. En el corazón mantenía el regalo

recibido a los quince años; no era el libro *Las mil y una noches* en edición especial de cuero brillante, sino las palabras que le dijo al entregárselo: "Trata de la violencia hacia las mujeres y también de cómo pueden vencerla, pero, ¡cuidado!, nunca jamás te conformes con la trampa de la sumisión". Al contrario de sus compañeras de colegio, que, acostumbradas a la crueldad, consideraban al relato un simple cuento de hadas, ella pasó noches en vela analizando la estrategia de Scherezade para proteger a las doncellas que el sultán desposaba cada noche y mandaba a decapitar al día siguiente. Tres mil muchachas habían sido asesinadas cuando se le ocurrió iniciar la saga de las historias sin fin.

Marielos, la señora de la casa –perfecto perfil griego, cabello teñido con destellos dorados, figura de modelo raquítica, altos tacones y atuendo mandado a traer de Nueva York– mantenía la sonrisa cordial, pero, a la vez, reconocía los agravios recibidos y, sagaz, elaboraba un plan para humillar a sus adversarios. Los rayos del sol brillaban sobre las aspas metálicas, recordándole que los dragones de Daenerys Targaryen, con sus escamas resplandecientes y lenguas de fuego, eran la ayuda que necesitaba en su juego de tronos para acceder a la cueva donde Alí Babá pudo encontrar el tesoro de los cuarenta ladrones. El hilo del pensamiento la había dirigido a su labor de diputada en la Asamblea Legislativa. Muy atrás quedaba la época cuando, como entusiasta quinceañera, disfrutaba de las discusiones acaloradas con su primo, permanente compañero de salidas juveniles; primero, veían la película, y, después, saboreando un helado, iniciaban el análisis de la trama. Arturo era experto en encontrar claves ocultas y sus críticas feroces requerían de finales insólitos y fantásticos. En el colegio destacaba por la imaginación desbordante, hasta el punto de considerarlo, desde entonces, loco, loco, loco lindo. Los adultos no entendían nada ni podían comprender la fuerza que los impulsaba a encarnar personajes para entender sus motivaciones:

ella era Cleopatra, y él, Cayo Octavio; ella, Leia Organa; él, R2-D2. En ese tiempo la hizo prometer que, si tenía una hija, la llamaría Elizabeth en honor a la protagonista de *Orgullo y Prejuicio*. Ella asintió, sin decirle que había leído su mente, pero con el libro equivocado; su heroína era la escritora Elizabeth Costello. Nada de esto le confesó al marido, celoso y molesto por la influencia de Arturo sobre ella y de los libros sobre este; ambas circunstancias quedaban lejos de su dominio en una esfera mágica de la que no podía ser parte. Desde la niñez, Marielos y Arturo habían sido compinches generosos en las buenas y en las malas; ella, recordaba, era experta en inventar excusas para justificar la conducta extraña de su amigo del alma. Pero ahora, cuando supuestamente era más fuerte, no lo había podido salvar del ostracismo.

Marielos lanzó un suspiro y miró a su hijita; le costaba entender el permanente mal humor a tan tierna edad. Quince años la separaban de Amanda. Eran pocos y, sin embargo, parecían siglos. Ella doblaba en edad a la joven, aunque, como creía firmemente, los cuarenta se disfrazaban con la piel sin arrugas –costosa inversión en cirugías, cremas, inyecciones y tratamientos semanales– y el cuerpo esquelético –fruto de exigentes ejercicios cotidianos y una dieta magra de campo de concentración–. Lo más importante del momento, recapacitó, aunque pudiera considerarse simple, irrelevante o incluso idiota, era mantener la prestancia y la seguridad, si bien en el fondo hubiera deseado, como en la adolescencia, poder expresarse libremente. Algún día lejano soñó con llegar a ser una actriz famosa, pero esas ilusiones habían sido sepultadas hace tiempo. O tal vez no.

La pequeña levantó el dedo índice y, con voz chillona, dijo:

—¡Corramos adentro! Se van a caer y nos pueden aplastar.

Amanda pensó que su hermanita, todavía sin el freno de los "buenos modales", se había atrevido a decir lo que estaba prohibido pensar y, en su defensa, alegó:

—Mi amiga Yudy estudia también psicología y hace poco me dijo que a los cinco años los niños todavía no conocen el significado de la muerte.

La madre agradeció en silencio que no hubiera más testigos y, acudiendo a una antigua costumbre, cruzó los dedos en la espalda para que Eli no repitiera otra barbaridad cuando ellos arribaran. Por su parte, Amanda revisaba sus propias palabras; no entendía por qué, sin ninguna razón, de repente, le salía una mentira: ella no tenía amigas.

El piloto señaló el inicio del aterrizaje. Los pasajeros –Iván Peña Reverter y Roberto Martín Romero– ya estaban acostumbrados y, automáticamente, ajustaron sus cinturones. De la misma forma rutinaria, habían cumplido con el rito establecido al encontrarse. El enérgico apretón de manos, la vista al frente y las explosivas palmadas en los hombros reflejaban significados milenarios: demostrar la carencia de armas visibles, ausencia de puños y concentración en las demandas del otro. En fin, las apariencias de cordialidad encubrían la duda, la sospecha y el interés por avanzar más rápido y descubrir las componendas para ganar ventaja; esto desde una perspectiva gruesa, general, apropiada para dictaminar el ambiente en las antiguamente llamadas "mesas redondas".

Ahora, desde lo alto, contemplaban el helipuerto y en la terraza advertían unos puntitos de nada; así se veían las damas encubiertas por la distancia. En medio de la turbulencia propia del descenso vertical, cuando los rotores obligaban a hablar a gritos, los caballeros se miraban de reojo, cuidadosos de las formas en una relación delicada.

—¿Sabía usted, don Iván, que Leonardo da Vinci dibujó el primer boceto de un helicóptero allá por el mil quinientos, pero no fue sino hasta 1916 cuando un argentino pudo lograr el vuelo controlado?

—El hombre siempre ha querido volar, estimado Roberto. No se conforma con este bello planeta que Dios nos dio. Cuando visité Grecia, compré una vasija que muestra a Ícaro en caída libre; sus plumas despegadas por el calor del sol. Disculpe usted el atrevimiento —se excusó con una pícara sonrisa—; no es momento de hablar de catástrofes aéreas.

Las aves huyeron despavoridas por el aletear furioso de las aspas y, en ese posarse de buitre, don Roberto contempló a Amanda: su hija mayor era más parecida al mexicano que a él, con su tez clara y cabello rubio abundante a pesar de los cincuenta y seis años. Marielos, su esposa, durante mucho tiempo había realizado esfuerzos para convencerla de la estética de los bucles, misión imposible terminada cuando el pelo alisado pasó a ser la norma de la elegancia femenina.

—En algunos años nos identificarán en las fotos como la época de la queratina —decía Marielos, y, con una nota maliciosa agregó— Amanda es la única que está a la moda sin acicalarse como el resto de las mortales.

El truco era parecer natural, meta cada día más difícil, pues las inyecciones convertían los labios en trompas. Finalmente, bromeaba, las bocas voluptuosas, la anorexia cadavérica y las melenas como cables arrasaban en las pasarelas.

Amanda levantó la mano de Elizabeth para que saludara a su papá. Don Roberto sabía que no estaba a la vista, pero igual le respondió con fervor. El mexicano captó el momento y dijo lo que tenía que decir: "¡Qué familia más bella!". Evidentemente, tampoco podía detectar los rostros, y Roberto Martín respondió

como debía hacerlo, con una sonrisa condescendiente de orgulloso *páter familias*. Desde las alturas era imposible ver la tierna mirada de Eli, empacada en su vestido nuevo con la figura de Minnie bordada en el cuello. Ella, que tanto les temía a los ratones, los consideraba bellos cuando eran decorativos. Amanda, para ablandarle el corazón y parecer agradecida, estrenaba un conjunto de seda regalo del último viaje, detalle que no se le pasó por alto a don Roberto. Marielos, a su lado, delataba los nervios arreglándose el peinado que no necesitaba mejoras y alisando el traje verde oscuro. Aunque era apropiado para la ocasión, hubiera deseado algo más cómodo y revelador; alguna cadena, alguna argolla, pero la discreción parecía necesaria en situaciones que representaban el sueño de lograr una meta inalcanzable hasta el siglo XXI: llegar a ser presidenta de la República.

El helicóptero había desaparecido de la vista, sumido en la depresión de la zona de aterrizaje. Al momento, los caballeros surgieron marchando bajo el sol del mediodía –ambos con dorsos aumentados artificialmente por las hombreras de los trajes importados, de marca– vestidos con camisas blancas, corbatas a rayas, zapatos italianos lustrosos, anteojos oscuros. Cada detalle reflejaba la autoridad de llegar hasta las mejillas que esperaban, disciplinadamente, sus besos.

Cuando se hubieron acomodado en el comedor, entraron las empleadas en silencio profundo con sus uniformes inmaculados y modales supervisados por doña Sara, adiestrada durante años para detectar cada momento importante: tragos, entremeses, almuerzo, postres y café.

Don Iván apenas pellizcaba la trucha ahumada, comida rara e inadecuada para un desayuno. Obviamente, era demasiado temprano para el almuerzo; se llevaba algunas hebras a la boca en virtud de la buena educación y miraba el reloj como si se le

hiciera tarde, cuando sabido era que la cita con el presidente se realizaría a las tres en punto. La niña salida de Disney World arrugó la nariz ante el pescado repugnante alejado de los perros calientes y las hamburguesas propias de esas edades tempranas.

—¿Algo le preocupa a la princesita? —preguntó el mexicano con voz almibarada.

Eli lo miró de mala manera y, con tono airado, gritó:

—¿Nadie me va a defender? —y dirigiéndose al invitado lo enfrentó diciendo— ¿Por qué me insulta?

—¿Qué le pasa a la niña? —preguntó, asombrado, el señor.

—Disculpe usted —intervino Amanda—. Tómelo como una broma. Justamente anoche le explicamos que en casa somos republicanos y no creemos en la monarquía.

El mexicano lanzó una súbita carcajada.

—¡Tiene razón la pequeña! ¡En lugar de princesa debería haberle dicho ciudadana! —dijo sin parar de reírse.

Los mayores, con un suspiro de alivio, agradecieron el buen humor del invitado; solo Eli permanecía con cara de pocos amigos y, deseosa de retirarse, solicitó ir a jugar tenis en el Nintendo Wii. Molesta por la reiterada mala educación, pero sin talante para darle la regañada que se merecía, la madre ordenó llamar a Rosa para que la cuidara un rato. Doña Sara se comunicó por el teléfono interno:

—Ya sé que acaba de llegar —le dijo—. Véngase para acá de inmediato.

Rosita apareció al momento, aún con su uniforme de colegio, y, en puntas de pie, haciendo un esfuerzo para pasar inadvertida, tomó a Eli de la mano y la condujo a la terraza.

Campechano y seguro, el mexicano se dirigió a la esposa:

—Bello nombre María de los Ángeles, típico del país, tal como lo es Suyapa en Honduras y Guadalupe en México. En España prefieren María Ángeles; solo aquí eliminan a los seres alados, guardianes de los cielos, al escoger el diminutivo Marielos.

—Acertada observación, don Iván. Son costumbres insondables que nos comunican con tiempos idos —dijo la señora de la casa.

La joven, incómoda en un vestido que sentía ajeno, comentó:

—Amanda, por ejemplo, fue escogido en memoria de mi abuela paterna.

—Signo de respeto es la veneración a los antepasados —comentó el invitado, revolviendo el arroz—. ¿Ha visitado México, la señorita?

La muchacha abrió la boca y, antes de que lograra proferir algún sonido, su padre se apresuró a contestar:

—Amanda es una ferviente admiradora de la cultura mexicana, don Iván. Es más, a pesar de mis consejos, insistió en estudiar historia y planea su tesis sobre la Conquista.

De poder hacerlo, Amanda habría corregido a su padre diciendo: "Fue una invasión". Pero no deseaba parecer irrespetuosa, menos aún cuando el extranjero preguntó muy serio:

—¿Contra sus consejos, dice?

Don Roberto aclaró al punto:

—Hubiera preferido que estudiara algo más práctico: administración de empresas, leyes o incluso relaciones internacionales, pero se encaprichó con historia…

Don Iván se alió de inmediato con la muchacha:

—No importa qué se estudia; lo indispensable es contar con una cultura general. No hay nada más deplorable que una damita sin educación.

—Así es —intervino Marielos, llevándose la punta de la servilleta a los labios, como si hubiera comido algo y se encontrara tremendamente satisfecha—. Hoy en día las mujeres necesitamos estar a la altura; el acceso a las universidades abre puertas en todas las esferas, incluso las políticas. Justamente, la igualdad de género ha sido mi principal meta como diputada de la nación.

—En efecto —asintió don Iván—. Ya quisiéramos en México contar con una presidenta, pero no se han dado las condiciones. Su país tendrá que dar el ejemplo —dijo a modo de brindis, elevando sugestivamente la copa y, dirigiéndose a Amanda, continuó—. Vuestra madre —sostuvo utilizando un pronombre arcaico— ha sabido asumir tal responsabilidad y en un corto plazo la tendremos en visita oficial. México se encuentra a sus pies, distinguida señora —expresó ceremoniosamente.

Don Roberto, sin la sonrisa esperada, posó la vista sobre Amanda y ella captó la orden: era inoportuno aclarar que Marielos no era su madre. María de los Ángeles agradeció la deferencia, aunque privándose de señalar que, con el elogio, la había ofendido: los verdaderos caballeros se mostraban sorprendidos al escuchar que la joven no era su hermana. Esta aprovechó el breve silencio:

—El interés por la historia proviene de mi tío Arturo, don Iván. Por cierto, papi: me gustaría ir a visitarlo, aunque creo que hoy ya no va a ser posible —expresó como la cosa más natural del mundo, y, sin dar tiempo, continuó con el tema principal—. ¿Sabía usted que Centroamérica es pionera en contar con mujeres gobernantes?

—¿Se refiere a doña Violeta, en Nicaragua?

—Mucho antes, don Iván.

Al potentado no le lucía la ignorancia, pero una lección proveniente de esos labios en capullito a nadie podía hacerle mal y, por lo tanto, manifestó anuente:

—Será un placer escuchar la versión de una avanzada estudiante universitaria.

Amanda enderezó la postura, tomó aire tal como lo hacía su profesora y resumió:

—El 9 de septiembre de 1541, Beatriz de la Cueva fue designada oficialmente gobernadora de Guatemala.

—¿Eso es lo que le enseñan, historia antigua? —preguntó el visitante, entre preocupado y sorprendido de que alguien tuviera tiempo para dedicarse a hechos de hace quinientos años, con tantos problemas de premura sobre el tapete.

—Sí y no —observó Amanda—. El siglo XVI constituye el fin y el inicio de una era en Centroamérica, pero el que me contó sobre la gobernadora fue mi tío Arturo.

Demasiado bla-bla-bla, parecía elucubrar don Roberto. Era una línea de pensamiento que lo alejaba en lugar de acercarlo a su objetivo, por eso intervino con aires paternales:

—Desgraciadamente, las universidades se encuentran aisladas del progreso, don Iván. Ya desearíamos que enseñaran lo que nuestra sociedad necesita: tecnología de punta para poder competir en el mundo globalizado.

Iván Peña Reverter se restregó el bigote y fue al grano, como era su costumbre:

—De acuerdo, don Roberto, es hora de dejar atrás las torres de marfil; la educación superior debe dedicarse por entero a la promoción del desarrollo económico, sin embargo, esa dama —doña Beatriz— constituye un buen ejemplo para su señora esposa. ¿En qué momento nos encontramos? —preguntó como si hubiera descendido después de un viaje interestelar en lugar del cuarto de hora que había durado desde el aeropuerto privado.

—Pasamos las primarias sin mayores esfuerzos —contestó don Roberto—. Las encuestas son claras: el desgaste de los partidos políticos es contundente, la gente quiere un cambio y la fórmula más sensata nos dicta que la opción es promover a una mujer.

María de los Ángeles se alisó la blusa, verificando que ningún trocito de comida hubiera caído y la ensuciara; en realidad, no había probado bocado y eso hacía imposible cualquier mancha, mas la inseguridad se expresaba de maneras subterráneas, incluyendo los prudentes silencios.

Don Iván volvió a dirigirse al anfitrión:

—Su gente es más susceptible que la mía, don Roberto, pero es verdad, llegó un momento en el que el PRI tocó fondo, apenas para coger impulso y salir a tomar aire. Sin embargo —debo confesar— pensé que ahora era su turno.

—Durante largos años he sacrificado mi vida en aras de los intereses nacionales y el bien común —lamentó compungido don Roberto—. Es hora de dedicar mis esfuerzos a las empresas y a la familia, sobre todo a la familia a la que, reconozco, he descuidado en los últimos años.

—En efecto, la vida pública es demandante. Exige la entrega de nuestras energías con escaso reconocimiento, sin mencionar que la diversidad de posiciones lleva a discrepancias malintencionadas.

—Conocido es el dicho: "en la política se hacen amigos de mentira y enemigos de verdad" —aportó el dueño de la casa—. Marielos, por otro lado, tiene más ilusión; más ánimo para emprender luchas. Cuenta, además, con el apoyo de Amanda para el cuido de nuestra pequeña. ¿Verdad, hijita?

La muchacha asintió como correspondía, dócilmente, pues nunca habían hablado del tema. Le angustiaba sentirse acorralada por los buenos modales; por eso resolvió llenar de aire los pulmones e inhaló acompasada de acuerdo con las instrucciones de las clases de yoga: "La respiración es lo más importante", le decía la maestra. En ese momento lo probaba tratando de parecer invisible, apenas una presencia semejante a un cuadro o a una estatua, tal y como se percibía a doña Sara, detrás del baile de manos, pies, bocas y oídos sordos característicos de la ceremonia llamada alimentación.

A pocos metros, las niñas habían terminado la ronda. Eli había vuelto a ganar y aun así no estaba contenta; con los dedos intentaba ceñir el coqueto vestidito que contrastaba con el parco uniforme de blusa celeste y falda azul oscura de Rosita, quien, con su incipiente adolescencia, mantenía un aire infantil carcomido por una insinuación de pechos para los que no necesitaba sostén. La pequeña se sentía aburrida y ordenó cambiar de juego; se trataba de contornear los cuerpos como bailarinas exóticas en un contraste de espejo. Por un lado, los enormes dibujos digitales de la gran pantalla; por otro, la réplica de los dos cuerpecitos de carne y hueso, o quizás era al revés.

Don Roberto procuró disimular el bullicio volviendo al tema central:

—Tal y como le compartí, don Iván, las encuestas nos favorecen. Además, María de los Ángeles, como abogada, tiene la prestancia y la preparación adecuada para tal puesto, así que,

con el apoyo del presidente, el partido, y, a pesar del escaso aporte político-estatal, siempre insuficiente…

—Por eso no se preocupe. Cuenta con nuestro apoyo y lo sabe muy bien —aseguró don Iván, generoso.

—Habrá que ver la forma. La ley electoral deja portillos, pero ahora requiere consignar las donaciones y los aportes extranjeros están prohibidos.

—En un mundo globalizado siempre las líneas están abiertas —rio el mexicano, palmeándole la espalda.

—Disculpe la interrupción —susurró el piloto—, es hora de partir hacia la casa presidencial.

La despedida del patriarca fue breve pero significativa: Marielos puso la mejilla e insinuó un beso en el aire. Amanda abrazó a su padre y en voz alta, para que todos se dieran por enterados, dijo:

—Hoy tengo clases en la universidad.

Don Roberto tenía la mente muy ocupada, pero no tanto:

—No te olvides del celular —demandó como única directriz.

El plan había funcionado a la perfección.

Esta es una muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo
en la Librería UCR.

LIBRERÍA
UCR